



# EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG

ANO I.—ÉPOCA 2.ª

8 DE ENERO DE 1871.

NUM. 13.

## LAS GRANDES CRISIS.

El espíritu humano, rebelde y arrogante, se inclina siempre á todo lo que pueda halagar su orgullo y responder á su soberbia.

Por eso acepta con preferencia todas las ideas que le enaltezcan y sublimen, por eso quiere imperar absolutamente, por eso, en fin, quiere pre cindir de Dios é intenta glorificarse.

Así es que la situación del hombre en el mundo no es la que debiera ser. Así es que el hombre, en vez de mostrarse arrobado de entusiasmo religioso al comprender su existencia y presentir sus grandes fines, se muestra tibio é indiferente y se olvida de su origen y se aparta de su destino, realizando una vida material y una vida independiente.

Y esa independencia de que blasona al desdeñar á Dios es el castigo más tremendo de su tremenda falta. Porque al privarse voluntariamente del gran bien del alma, que es el amor á Dios y la confianza en la voluntad divina, hace su desgracia y labra su infortunio.

Por otra parte, los que con más ar-

rogancia se jactan de su filosofismo, descubren más y más su debilidad y la impotencia de sus estraviadas doctrinas. Porque la verdadera filosofía estriba en conocer las relaciones de las cosas y en respetarlas profundamente.

Y ¿qué relacion puede importar más al hombre que lo que se refiere á su divino Autor y á sus inescrutables fines?

Sin embargo, la razon y la conveniencia ceden su puesto á la vanidad humana, y por eso se vé al hombre con carácter frívolo, con ideas absurdas y con conducta anómala. Todo en él es contradictorio cuando se aparta de la buena senda.

Así es que en los tiempos que corremos, es frecuente ruborizarse de profesar fé religiosa, está en moda el indiferentismo, y es tal la influencia de las preocupaciones, por funestas que estas sean, que puede decirse que la impiedad triunfa despóticamente.

No debe, pues, estrañarnos que en la vida de los individuos y en la vida de los pueblos se desatienda la voz de la conciencia íntima, esa voz elocuente y persuasiva que nos dice en todos los momentos lo que más conviene á la paz del alma, y que en todo y para

todo nos inspiremos en nuestras pasiones, es decir, que subordinemos nuestra existencia, no á las leyes del espíritu, sino á los estímulos egoistas del corazón.

Apliquemos nuestras teorías á una cuestion práctica.

Si lo que más debiera admirar al hombre es su propia existencia, y esa admiracion tan natural y tan lógica sería el baluarte de sus virtudes, no debieran admirarle menos los hechos de su vida, porque en todos ellos se refleja la influencia del ser de los seres, en todos ellos puede verse la Providencia.

Infringe el hombre las leyes morales, y siente muy pronto los efectos de una ley inexorable, de la ley de la expiacion.

Cumple sus deberes y procura responder á cuanto la ley moral le exige, y siente en el momento una satisfaccion inefable, que es la dicha del espíritu que se agita en una conciencia recta.

Pero no son estos solamente los hechos que prestan saludable enseñanza á la humanidad, sino que se advierten otros tan dignos de notarse y que re-

565  
MAL HECHORES  
CON TRA  
JUSTITIA

velan el amor con que Dios mira al hombre en el mundo.

En las grandes aflicciones de la vida, cuando el hombre se cree abandonado al rigor del infortunio, cuando su corazón se agita convulsivo, cuando la luz de la esperanza no alumbra su espíritu, cuando cree que para su situación no hay remedio, que para sus dolores no hay alivio ni para sus heridas bálsamo, cuando cree que está perdido en el piélago de la adversidad y que no hay para él puerto de salvación, entonces acontece un hecho, entonces se realiza un suceso, entonces coincide una circunstancia que dá paz á su alma, tregua á su quebranto y que vuelve la dicha á su postrado y abatido pecho; entonces, en fin, renace en él la calma, aparece la confianza y se siente feliz, porque una de las grandes felicidades es satisfacer las necesidades más apremiantes.

¿Y este es un hecho vulgar y corriente en la vida del individuo y no lo es también en la vida de los pueblos?

La historia contestará cumplidamente á nuestra pregunta si á la historia se le interroga.

Los pueblos sufren dolores, los pueblos luchan con la adversidad, los pueblos se ven envueltos en terribles conflictos; pero después de pagar el tributo á los grandes errores y á las grandes debilidades, después de expiar sus faltas, renacen á la vida con una lección provechosa, porque comprenden ó deben comprender los peligros de los grandes errores y las consecuencias de las grandes debilidades.

Es verdad que las crisis de los pueblos son más duraderas que las de los individuos, porque la crisis del individuo concluiría con su existencia si se prolongase largo tiempo, mientras que los pueblos pueden soportarlas mayor plazo porque no afectan tan íntimamente á la vida; pero todas ellas son funestas para la humanidad.

Las diferencias del tiempo que distinguen las crisis de los individuos y las de los pueblos producen diversos efectos.

Porque cuando el individuo pierde la esperanza en lo humano, cuando no tiene fé en los hombres, cuando desconfía del mundo, levanta la vista al cielo y pide á Dios lo que le niegan

los hombres. Entonces se exalta su espíritu, y cuando vé visiblemente que el cielo remedia sus males, siente en el fondo de su corazón una gratitud suprema que levanta su entusiasmo religioso. Pero el tiempo corre, los males desaparecen, la satisfacción es completa, las pasiones arden, el corazón se agita, los placeres triunfan; y el hombre ingrato se olvida de la protección que tan palpablemente le ha dispensado la clemencia divina. Entonces se apaga aquel entusiasmo religioso que ardió momentáneamente en el espíritu, entonces vuelve la indiferencia, y en pos de la indiferencia la inmoralidad.

¡Ah! si el individuo pensase en sus grandes crisis y recordase constantemente su pequeñez y la grandeza de Dios, es indudable, otra sería su conducta.

Y los pueblos, esos pueblos que cuando se ven invadidos por una epidemia, ó son víctimas de algun cataclismo de la naturaleza, ó sufren los rigores de una guerra, se acuerdan de Dios, ¿por qué no han de aprovecharse de esa triste experiencia para regenerarse y exaltarse en arrobamiento religioso? Entonces podría decirse de ellos que abrian los ojos á la luz y que aprendían en la adversidad.

Pero lo que puede decirse siempre es que en las grandes crisis de los individuos y en las grandes crisis de las naciones se cierne sobre los individuos y sobre las naciones el espíritu de la bondad infinita, y conjura las crisis y salva los individuos y salva las naciones.

Grande y tremenda es la crisis que atraviesa España en las circunstancias presentes; pero si los españoles somos hombres de fé, si deponemos nuestra soberbia y levantamos nuestro espíritu humilde, pidiendo á Dios su protección, la crisis se vencerá, los obstáculos se removerán, y la paz y la ventura se realizarán ampliamente en nuestra bendita patria, porque si el cielo acude siempre á las necesidades del mundo, no desamparará á nuestro infortunado país, si al cielo elevamos nuestras purísimas plegarias.

JUAN CANCIO MENA.

## CELEBRIDADES VASCO-NAVARRAS.

El Excmo. Sr. D. Estanislao de Urquijo,

PADRE DE PROVINCIA DE ÁLAVA.

XXIII.

*Inauguración.* Siendo el santo lema que el pueblo vascongado lleva escrito en su bandera y en su corazón el de *Dios y fueros*, el insigne patricio, gloria de esta tierra infanzona, Sr. de Urquijo, colocó el magnífico edificio destinado á escuelas en Llodio, bajo el amparo del cielo y del régimen foral, celebrando una doble inauguración. La primera, consagrada por la Iglesia católica, tuvo lugar el día 1.º de mayo de 1870, llevando el carácter de puramente religiosa, por más que concurrieran á ella, además del clero, la corporación municipal y el pueblo todo. El respetable señor párroco del valle, al derramar las bendiciones sagradas en el recinto dedicado á la educación de la juventud, invocó la protección de Dios Omnipotente, sin la cual de nada sirven, nada significan, no pueden dar fruto ninguno las instituciones humanas.

Después de estas bendiciones religiosas, vino la inauguración foral, celebrada el día 5 siguiente, por la junta general de esta M. N. y M. L. provincia de Álava, con la asistencia del teniente, de varios padres de provincia, del ayuntamiento, del cabildo eclesiástico, profesores de instrucción primaria y multitud de personas particulares, así de la localidad como de los pueblos forasteros. Si suntuosa, patética y conmovedora había sido la inauguración religiosa, fué también solemne y tierna la inauguración foral. En ella el escelentísimo Sr. D. Francisco María de Mendieta, maestro de campo, comisario y diputado general de esta provincia, pronunció en su nombre un elocuente discurso, que después hizo constar en las actas y del que la naturaleza de nuestro trabajo tan solo permite que copiamos los siguientes párrafos:

«Mas sin faltar á los deberes de la justicia y sin ofender la modestia proverbial del ilustrado patricio á que me refero, no puedo menos de consagrarle, especialmente al Sr. D. Estanislao de Urquijo, digno padre de provincia y protector benéfico y decidido de los intereses que viven á la sombra de los frondosos bosques de esta morigerada comarca.

«Rindamos, pues, señores, la alabanza que merecen los que, iniciando el noble y elevado pensamiento que por su magnitud parecía irrealizable, le ofrecen ya, ejecutado y completo, á la representación general de la provincia, como holocausto santo de su cultura, de su filantropía y del amor entrañable que profesan al suelo que les dió el ser, y el que agradecido les recordará siempre con orgullo legítimo.

«Pero á hechos que en esta elocuente forma revelan una apegación que no se encuentra sino en los países que producen

Aun no se había dictado la sentencia; pero como el fiscal pedía la pena de muerte para el reo y era seguro que la sala se la impondría, consideraba como una desventura el fatal suceso que había impedido al abogado presentarse á la Reina.

Rosa era capaz de cualquier sacrificio, y se dijo:

—Quiere decir que si el abogado continúa malo, una tarde me iré á la plaza de Oriente cuando salga la Reina á paseo, la echaré un memorial y puede ser que se apiade de mí. Pero es preciso que mi abuela ignore todo esto, porque su tranquilidad es lo primero.

Fue á su casa á comer, dijo que no había podido ver al Sr. de Lara, en lo cual no había mentado, y deseosa de realizar su proyecto de ver de nuevo al Sr. Mariano, para que completase la narración de la noche anterior:

—Esta noche, dijo á su abuela, llegaré tarde; tan tarde ó más que anoche.

—¿Pues qué pasa?

—Hay una labor muy urgente y la maestra quiere que veamos.

—No me gusta mucho que te retires tan tarde.

—Qué quiere Vd., abuela, hay que dar gusto á los que nos proporcionan el sustento, tanto más cuanto que nos pagará medio jornal por las tres ó cuatro horas de la noche que trabajemos.

La pobre niña estaba muy agena de que aquel día acechó todos sus pasos un hombre.

Desde por la mañana muy temprano acudió á pasearse por los alrededores de su casa el joven que la noche anterior la había esperado cerca de dos horas en los del Saladero.

Fue con ella, aunque á corta distancia, hasta su obrador, y allí preguntó á la portera, des pues de darle una propina, á qué hora salían las oficiales.

La portera satisfizo su curiosidad, y diez minutos antes de la hora que le indicó llegó nuestro hombre.

Pero en vez de seguirla, siguió á otra de sus compañeras, porque era hábil pirata y comprendió que aquel era el mejor medio de lograr sus deseos.

Vió salir del obrador á una muchacha de veinte á veintidos años, guapa, de carácter abierto, de provocadora mirada; en fin, una de esas mujeres que *toman varas*, en el lenguaje técnico de los piratas callejeros.

La joven se detuvo dos ó tres veces delante de otros tantos escaparates, señal segura de que quería conversacion.

No tardaron los dos en ponerse al nivel, y, entonces, gracias á su esperiencia y á la gana de labia que tenía la chica, logró, des pues de gastar un poco de pólvora en salvas, saber acerca de Rosa lo que sabian todas sus compañeras.

La acompañó hasta cerca de su casa, quedaron en volver á verse para hablar, y por la noche, embozándose en una capa, llegó el pirata, á quien llamaremos Ma-

nuel, á situarse en el portal de la casa de enfrente al del obrador para ver salir á Rosa.

Fue una de las primeras que salieron, y Manuel la siguió.

Estaba resuelto á hablar con ella.

—Señorita, le dijo, va Vd. á tener la bondad de oirme un instante. No crea usted que mi deseo de hablarle tiene por objeto emprender una de esas conquistas que acostumbran los hombres desocupados hacer á estas horas en que salen las modistas de sus obradores. Se trata de una cosa seria y le agradeceré á Vd. que me permita acompañarla para explicarle el objeto de este paso que he dado.

—Caballero, no le conozco á Vd., dijo Rosa.

—Para que me conozca Vd. es para lo que quiero hablarla.

—Diga Vd. lo que tenga por conveniente, añadió la joven parándose.

—Hace dos días, prosiguió Manuel, tuve ocasion de ver á Vd. por primera vez.

—Y se prendó Vd. de mí, ¿no es eso? dijo Rosa; lo mismo me han dicho una porcion de hombres que se me han acercado.

—No, señora; no me prende de Vd.

—¡Ah! vamos, eso es otra cosa.

—Me interese por Vd.

—Mil gracias.

—Pero no me interesé porque fuera usted bella.

—No lo soy; conque....

—¿Quiere Vd. que le diga que lo es?

—Al contrario, me ofenderia.

—Pues bien; me interese porque al pasar Vd., una persona que estaba conmigo exclamó contemplando á Vd.: ¡Pobre muchacha! ¡Es muy desgraciada!

—Se equivocó de medio á medio. Si no tiene Vd. que decirme otra cosa, que usted lo pase bien, porque se me hace tarde.

—Si Vd. me lo permite, la acompañaré.

—Es inutil; estoy acostumbrada á ir sola.

—¿No quiere Vd. que sepa á dónde vá? ¿Teme Vd. que al verla dirigirse al Saladero forme mala opinion de Vd.?

Rosa, que había dado dos pasos, se detuvo.

—Oiga Vd.; yo voy al Saladero, dijo, y no lo ocultó á Vd. ni me averguenzo.

—Ya sé que tiene Vd. allí una persona á quien quiere mucho.

—Es muy cierto.

—Eso nada tendria de extraño; pero lo que si lo tiene es que para entrar á ver á ese preso tiene Vd. que aceptar un favor de una persona que, segun mis noticias, está resuelta á cobrarlo con creces.

—Me hace Vd. entrar en curiosidad.

—Sigamos un momento; yo la abandonaré á Vd. cuando me lo mande.

—Conque dice Vd....

—Digo que el hombre que la acompañó á Vd. anoche hasta su casa es un inmundo adorador de su belleza y que debe Vd. esperar de él lo más malo.

—¿Habla Vd. con sinceridad?

—Si no le conociera á él, si no supiera la

inocencia de Vd., ¿me atreveria á dar este paso?

—Pero ese hombre...

—Ese hombre ha faltado á su deber con la esperanza de sembrar beneficios en su corazon de Vd., para recoger el premio muy pronto.

—Soy pobre, no puede explotarme.

—Pero hay en Vd. un tesoro de pureza que pudieran mancillar sus manos.

—Caballero, ¿por quién me toma Vd.? dijo Rosa con dignidad.

—No se ofenda Vd., Rosa.

—¿Sabe Vd. mi nombre?

—Conozco á fondo su vida de Vd.

—¿Es Vd. curioso?

—Soy humanitario.

—Yo le doy á Vd. las gracias y le suplico que se retire.

—Tenga Vd. la bondad de contestar antes á una pregunta: ¿vá Vd. á buscar al calabocero?

—Sí, señor.

—¿A que no le ha dicho á Vd. que vaya á la cárcel?

—No.

—Ya lo sabia yo.

—¿Qué tiene eso de extraño? El no vive allí.

—La ha engañado á Vd. Ese hombre, cuya brutalidad solo iguala á su repugnante aspecto, es un perseguidor de todas las jóvenes desgraciadas que necesitan ir á la cárcel á ver á sus parientes. Ese miserable, que gana mucho porque proporciona entrevistas á los presos con sus amigos cuando le sobran bien, tiene comercio con una vieja asquerosa que vive en la plazuela de las Salesas.

—¿La tia Cotilla? preguntó vivamente Rosa.

—¿La conoce Vd.?

—No; pero me ha indicado que vaya á buscarle á casa de esa mujer.

—No debe Vd. ir.

—¿Por qué?

—Vuelvase atrás, yo se lo ruego. Esa mujer es una miserable encubridora de las infamias del calabocero, y no hay una joven que haya llegado á su casa que no haya salido de allí para morir de vergüenza ó para dejar explotar sus atractivos á una madre Celestina.

—Me asusta Vd., exclamó Rosa horrorizada.

—Ahora comprenderá Vd. qué motivos tan poderosos me han impulsado á molestarla.

—Pero si no puedo creer...

—¿Quiere Vd. convercense por sí misma Vaya Vd. á casa de la tia Cotilla, yo buscaré á un municipal y estare paseando por los alrededores. Grite Vd. cuando se vea amenazada y la salvaremos.

—No, no, exclamo aterrorizada Rosa, no quiero someterme á esa prueba. Pero ¿qué hacer para ver á ese infeliz?

—Si no creyera Vd. interesada mi proposicion, yo me atreveria á ofrecerle para mañana la realizacion de sus deseos.

—¿Vd.?... Pero ¿quién es Vd.?

—Considéreme Vd. como un conocido como un amigo nada más. Como con cidos, como amigos nos veremos, y cuando Vd. sepa quien soy y la opinion que le merezcan mis virtudes; cuando haya hecho merecimientos, puede ser que me atreva á comunicarle á Vd. un sentimiento que oculto. Hasta entonces acepte Vd. mis servicios sin la obligacion de agradecerlos.

(Se continuará.)

**RECTIFICACION.**

En el número anterior publicamos un notable artículo titulado *Siglo de Agosto*, y por efecto de una errata apareció suscrito por el Sr. D. ESTEBAN OBANEZ, debiendo ser OBANOS, nombre de un distinguido eclesiástico navarro, que desde la ciudad de Pamplona tuvo la bondad de remitirnos tan interesante trabajo.

**ADVERTENCIA.**

Próximo á terminarse el trimestre, rogamos á los señores suscritores que deseen continuar recibiendo el periódico se sirvan anunciarlo y enviar el importe de su suscripcion.

MADRID.—1871.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez, calle de San Miguel, 23,

**ANUNCIOS.**

**D. JUAN CANCIO MENA,**

Doctor en administracion, licenciado en jurisprudencia, catedrático de economia politica y legislacion mercantil, y secretario que ha sido de la Excm. diputacion foral y provincial de Navarra, ha abierto su bufete de abogado en Pamplona, calle de Valencia, núm. 28, cuarto principal.

**ATEOS Y CREYENTES**  
MISTERIOS  
**DE LA DUDA Y DE LA FE CRISTIANA,**  
POR  
**JULIO NOMBELA.**

Las doctrinas que lo que ha dado en llamarse *ciencia moderna* ha llevado de la cátedra al libro, del libro al periódico y del periódico al Parlamento, en donde se ha negado la existencia de Dios, son funestas para la humanidad.

Condenado el hombre á sufrir en esta vida para alcanzar con su resignacion y sus virtudes el premio de otra vida mejor, hallaba á sus penalidades, á sus miserias, á sus dolores, un consuelo dulcísimo en la FE, en la ESPERANZA y en la CARIDAD. El pobre buscaba un alivio en la limosna, y al recibirla elevaba sus ojos al cielo con gratitud; la madre que veia agonizar á su hijo, postrada de hinojos, invocaba la proteccion de la Virgen, rezaba, y si el pobre niño recuperaba la salud, experimentaba una felicidad que solo las madres pueden comprender: el enfermo hallaba resignacion en otra virtud cristiana, la paciencia, y el desheredado creia y esperaba en la verdadera igualdad.

Roto el freno, sin religion la humanidad, negando á Dios ó creyéndose superior á El, ¿que le queda? El pobre siente odio hácia el rico; el enfermo envidia al sano; los lazos de la sociedad se desatan; la fraternidad se acaba, y, sin un más allá, sin una esperanza de justicia, la vida es la fuerza, todo lo bello, todo lo grande es inutil; el goce material se sobrepone á los goces ideales; la hija, la madre y hasta la mujer desaparecen; solo queda la hembra.... ¡Triste ciencia la que nos roba los únicos consuelos que podemos hallar en este valle de lágrimas!

Pero estas teorías de la soberbia fascinan, y es preciso buscar á los ateos y á los creyentes, seguirlos en su marcha por el mundo, sorprenderlos en sus meditaciones, herir sus fibras más delicadas, y presentándolos en frente á unos de otros, decir á la humanidad:—«Escoge entre la fe y la duda.»

Esta noble mision trae el libro que ofrecemos al público.

Dos grandes puntos abraza: la CIENCIA y la FAMILIA.

En el primero se desarrolla el espectáculo de la ciencia moderna, aspirando á robar su secreto al Altísimo y creando en su soberbia impotente el funesto y estéril *racionalismo*.

En el segundo podrá examinar el lector la familia que nace de las virtudes cristianas y la que las olvida, no siendo una de las cuestiones á que se dará menos importancia la del *matrimonio civil*, fruto en España de la revolucion.

Estas dos partes tendran por titulo: La 1.<sup>a</sup> DIOS Y EL HOMBRE. La 2.<sup>a</sup> LA FAMILIA CRISTIANA.

Hecha esta esplicacion, nada tenemos que añadir despues de haber nombrado al autor de ATEOS Y CREYENTES, cuyas obras son en la actualidad las que más boga gozan entre los alicionados á los libros amenos y morales.

*Bases de la publicacion.*—Esta obra se publicará por cuadernos de seis pliegos de ocho páginas cada uno, y en cada reparto recibirá el suscriptor una magnífica lámina.

Cada cuaderno de seis pliegos con una preciosa lámina costará á los señores suscritores **UN REAL en toda España** y se repartirá uno semanalmente.

Toda la obra constará de **40** cuadernos y no pasará su coste de **40** rs. Dividida en cuatro tomos de cerca de 500 páginas, cada tomo, ilustrado con 10 láminas, saldrá á 10 reales.

**REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES.**

Se ha puesto en moda ofrecer á los señores suscritores cinco, ocho ó diez mil duros nominales; pero respetando nosotros la costumbre, creemos que el lector, conocedor de aquel refrán que dice: «más vale pájaro en mano que ciento volando,» preferirá á los azares de la suerte una realidad más modesta, pero al fin realidad.

Nosotros, como una muestra de gratitud por el favor y la constancia, ofrecemos regalar con el último cuaderno á cada señor suscriptor una magnífica lámina de 65 centímetros de largo por 45 de ancho, que no podrá adquirir en ninguna estamperia por menos de 4 ó 5 duros.

A la mayor brevedad se hallará expuesta en las principales librerías.

SE SUSCRIBE á esta obra: en Madrid, en la administracion, CALLE DE ATOCHA, NUM. 145, PRINCIPAL DERECHA, y por medio de los repartidores. En provincias, en casa de todos los señores corresponsales de esta empresa ó directamente remitiendo á esta administracion el importe de diez cuadernos, ó sean 10 reales, en libranza ó sellos. En Ultramar, Filipinas y América del Sur, fijaran el precio y las condiciones de la suscripcion los comisionados de esta empresa.

**Bases de la suscripcion.**

EL PAIS VASCO-NAVARRO aparece todos los domingos, y consta de ocho páginas á tres columnas cada una. Puede hacerse la suscripcion enviando el importe de uno ó mas trimestres en letras del Giro Mútuo ó en sellos en carta certificada á la Administracion Central de Madrid, calle de Serrano, 14, tercero, ó á la sucursal de Navarra, en la Secretaria del Colegio de internos.

**Precios de la suscripcion.**

En España.....	3 meses.	12 reales.
	6 —	24
	1 año...	48
En Cuba y Puerto-Rico.....	6 meses.	3 pesos.
	1 año...	5
América del Sur y Filipinas.....	6 meses.	4
	1 año...	7
Extranjero.....	6 meses.	12 francos.
NÚMEROS SUELTOS.		
En España.....		2 reales.
En el extranjero.....		1 franco.
En Cuba y Puerto-Rico.....		4 reales.
En el resto de America, fijarán el precio los agentes.		

**Puntos de suscripcion.**

MADRID: Serrano, 14, tercero (barrio de Salamanca).  
PAMPLONA: Secretaria del Colegio de internos.  
VITORIA: D. N. Becerro, en el establecimiento tipográfico del Sr. Iturbe, San Francisco, 23.—Libreria de D. Bernardino Robles.  
SAN SEBASTIAN: Libreria de D. I. R. Baroja, plaza de la Constitucion.  
BILBAO: Libreria de D. Juan E. Delmas.  
—Libreria de D. Tiburcio Astuy.  
TOLOSA: D. Pedro Gurruchaga.  
HABANA: Propaganda literaria, Habana, 110.